



El muro narcisista y/o masoquista **En un adolescente mellizo**

Dr Luis Kancyper *

Introducción

En estas oscuras piezas, donde paso
Días agobiantes, voy y vuelvo arriba abajo
Para hallar las ventanas.-Cuando se abra
Una ventana habrá un consuelo-
Mas las ventanas no están, o no puedo
encontrarlas.Y mejor quizás que
no las halle.
Acaso la luz sea un nuevo tormento.
Quién sabe qué cosas nuevas mostrará.
K.Kavafis: Ventanas(22)

La experiencia clínica nos ha revelado que el carácter dinámico de la situación analítica se registra simultáneamente en dos niveles: el contenido ideativo por un lado y la circulación afectiva por el otro. La dimensión afectiva es relevante en las interacciones que se dan momento a momento entre el analizante y el analista que escucha con su mente y con sus afectos. Los afectos posibilitan dirigir una segunda mirada hacia el campo intersubjetivo y sirven de base o brújula para el entendimiento

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

del discurso del analizante. Para lo cual se requiere mantener la actitud de atención flotante recomendada por Freud.

“Flotar en este sentido, decía W. Baranger, equivale a darme la libertad de asociar pensando a la par del analizante, pero también de poner a disposición del proceso una permeabilidad afectiva con el analizante y con uno mismo, que floten los afectos míos, que resuenen en mi cuerpo, que me pongan sobre aviso de lo que subyace en el discurso del analizante. A lo mejor se trata de crucigramas pero con cuerpo de por medio”.(3)

** Dirección : Guemes 2963 Piso 10 . Buenos Aires . C.P (1425). Argentina. E-mail kancyper@sinectis.com.ar*

Recordemos que ya en 1920 Freud había observado que: “No quiero dejar pasar esta oportunidad sin expresar, otra vez, mi estupefacción por el hecho de que los seres humanos puedan recorrer tramos tan grandes y tan importantes de su vida amorosa sin notar mucho de ella y aun, a veces, sin tener de ella la mínima vislumbre: o que, cuando eso les llega a la consciencia, equivoquen tan radicalmente su juicio. Y esto no acontece sólo bajo las condiciones de la neurosis, donde estamos familiarizados con el fenómeno: parece ser lo corriente. [...]Así, no vemos precisados a dar la razón a los creadores literarios que nos describen de preferencia personas que aman sin saberlo, o que no saben si aman, o creen odiar cuando en verdad aman. Parece que justamente el saber que nuestra consciencia recibe de nuestra vida amorosa puede ser incompleto, lagunoso o falseado con particular facilidad (Freud, 1920).(12)

Considero que en este momento histórico signado por la fugacidad e incertidumbre , asistimos a una creciente miopía de los afectos y a un aumento de la narcisización que a su vez incrementa un analfabetismo emocional.

El propósito de este trabajo es estudiar - a partir de la presentación del historial clínico de un adolescente mellizo- la metapsicología, clínica y técnica de los siguientes temas: a)Las colusiones parento-filiales y sus efectos en la dinámica fraterna.

b)El muro narcisista y masoquista.

c)La resignificación de los afectos en el adolescente mellizo y en sus padres.

- d) La identificación reivindicatoria.
- e) El insight y las autoimágenes narcisistas.

ESAÚ Y JACOB EN LA SITUACIÓN ANALÍTICA

En los relatos bíblicos y en las tragedias griegas son los dioses los que mueven los destinos de los personajes.

En el caso de Hernán, hermano mellizo de Román, son los efectos patógenos ejercidos por los procesos inconscientes, los que lo condenaron a permanecer identificado en el seno familiar, en el lugar mítico de Esaú; como el primogénito despojado de derechos, pero impuesto a suscribir con el padre un contrato narcisista de inmortalidad y una colusión paterno-filial en contra de la madre y hermano.

Laura, su madre, de 45 años de edad, fue la que por propia iniciativa solicitó una entrevista diagnóstica porque: *“Doctor: mi hijo Hernán está muy para adentro, sin incentivo alguno. Nada lo motiva. No participa en las reuniones familiares. En casa no emite sonido. Vive aislado. Se encierra muchas horas en su cuarto fabricando maquetas de aviones. Mientras que Román vive pasado de revoluciones. Es inquieto y curioso. Mis dos hijos son dos polos opuestos.*

Román es demasiado ambicioso y avasallador. Él cree que no tiene que pedir permiso a nadie y que puede disponer de las cosas de su hermano como si fueran de él.

Me exaspera el hecho de que Hernán no se hace cargo de lo propio; no lo cuida.

No dice: esto es mío, es de mi responsabilidad. Nosotros le dimos un coche a Hernán. Es de su propiedad, sólo de él. Pero no lo cuida y se deja avasallar por su hermano. Incluso cuando ve televisión, Román le puede cambiar el canal y él no se le opone. Entre ellos no discuten. No hay peleas. Hernán cede siempre su lugar.

Al principio siempre me ocupe de ser justa y equitativa con los dos. Me organizaba de tal modo que cuando lo bañaba a uno primero, al otro día empezaba por el otro. Lo mismo hacía con la comida. No les di pecho, les di leche.

Yo estuve muy atenta siempre. No quería marcar diferencia entre ellos. Hasta que a los dos años Román tuvo convulsiones febriles por anginas recurrentes que terminaron con una enfermedad reumática.

Allí perdí mi equilibrio y empecé a preocuparme muchísimo por Román y sin darme cuenta lo desatendí bastante a Hernán.

Además, Román era desde siempre muy demandante y mi marido se dedicó más desde el vamos a Hernán.

Hernán fue el mayor, el primero en nacer. Tiene rasgos semejantes a él. Me preocupa que como a su papá, a Hernán le da todo igual. No reacciona. No pelea por sus cosas. Las deja pasar. En cambio Román es todo lo contrario. Me exaspero verlo así a mi hijo. Le repito, doctor: yo no tenía preferencias, quería repartirme por partes iguales. Pero no se qué pasó, que el padre siempre tuvo devoción por Hernán. El lleva su mismo nombre. Cuando crecieron le hablaba sólo a Hernán en la mesa y yo, para compensar, me dedicaba a Román. Trataba de hacer el contrapunto. Quería encontrar un equilibrio, pero en verdad, me siento en falta con Hernán.

Yo nunca me pude dedicar a uno con tranquilidad (Pausa).

Hace 5 años que estoy separada del padre de los chicos. Y esta diferencia que ya estaba entre ellos, se acentuó. El padre cuando habla por teléfono pregunta directamente por Hernán y a Román casi nunca le habla. Tampoco Román, no va a ver al padre.

Doctor: necesito que lo vea cuanto antes a Hernán. No estudia nada de nada. Ni sale con amigos. Nadie lo llama. No practica deportes. Está robotizado.

EL FAVORITO

Hernán tiene 16 años en el momento de la consulta. Es un adolescente muy delgado, de elevada estatura y portador de una mirada inteligente y a la vez huidiza.

Admite que está muy mal y que no sabe el porqué. También comenta que jamás hubiera consultado por propia iniciativa. Me aclara que el padre no está de acuerdo con que él consulte a un psicólogo; pero que igual está dispuesto a probar conmigo, con la condición de concurrir sólo una vez por semana.

Se expresa con fluidez y precisión y con una marcada distancia afectiva. Jamás me tuteó en los cuatro años de su experiencia analítica.

Yo sé que soy el favorito de mi padre. Él tiene preferencia por mí desde que nací. Yo estoy anotado, en el número de documento, antes que mi hermano. Mi número termina con el 79 y el de mi hermano con el 80. Nacimos por cesárea. Quizá el que nació antes es al que agarran antes. Pero de todos modos, yo soy el primero, y él el segundo.

No siento que mi mamá tenga preferencia por Román. No sé si demuestra su preferencia por alguno. No sé si la tiene por alguien. Tampoco me daba cuenta de la preferencia que tiene mi viejo por mí. Pero mi hermano sí que la sentía. Una vez él me dijo: “Papá te prefiere a vos”; y yo me quedé así, me pareció raro.

Pero igual no sé porque soy el favorito yo. Tampoco sé que atributos tengo para ser el preferido.

A: ¿Te sentís mal por ser el favorito?

P: Preferiría que mi hermano no lo supiera. Tampoco sé si yo quiero ser el preferido de mi viejo. Yo no veo ninguna ventaja, ni ninguna desventaja. Puede ser que la desventaja es que mi hermano se enoja conmigo por eso. Yo nunca hice nada, ni tengo planeado de hacer nada; nada de nada.

A veces no sé lo que siento. Me da lo mismo.

En otra entrevista comenta: La mayoría de las cosas que me hacen pensar, me hacen sentir mal. Trato de no pensar mucho en algunas cosas.

Muchas veces evito el pensar porque no quiero sentir cosas malas. Yo no pienso en cosas buenas, ni siento cosas buenas. Yo no sé, si tengo cosas.

El padre se resistió a concurrir al consultorio, pero ante el reiterado pedido de Hernán aceptó venir a una sola entrevista.

Se presentó con una franca actitud querulante. Manifestaba oposición a que su hijo consultara por problemas emocionales, porque según su parecer, él no registraba trastorno alguno. El tema central de su discurso giraba en denunciar a su ex –mujer como la única causante del divorcio conyugal; y además había renunciado, aparentemente sin culpa, a que Román mantuviera algún vínculo con él.

Desde el momento de la separación, el padre depuso su responsabilidad en la asistencia material de sus hijos.

La entrevista que mantuve con Hernán y sus padres me evocaron, en un principio, al mito de Jacob y de Esaú.

Y comencé a cotejar las semejanzas y diferencias entre los hermanos y sus padres con la dinámica estructural de los personajes en el relato bíblico.

Desde los inicios se ponen en evidencia los influjos ejercidos por el singular complejo fraterno en los mellizos y su articulación con las dinámicas narcisista y edípica, por los particulares psicodinamismos que se entretajan, inconscientemente, entre los padres e hijos.

Tanto en el mito como en la familia de Hernán, se presentifican las rivalidades encubiertas y manifiestas entre los sexos de la pareja, la división del “botín filial” entre ellos y las alianzas entre el padre y el hijo mayor y entre el hijo menor con la madre.

Pero a diferencia del relato bíblico en el que se instaló una colusión materno filial entre Rebeca y Jacob, se estableció, en este caso, una colusión padre-hijo en contra de la madre y del hijo-hermano menor.

En efecto, el padre de Hernán lo había investido narcisísticamente como a su elegido, como a su doble especular reivindicatorio. Hernán-Padre, a semejanza del patriarca Isaac, padecía también de una ceguera, pero ésta era psíquica. No percibía el profundo padecimiento de su hijo. Tenía un escotoma mental que le impedía visualizar el profundo estado regresivo en el que su hijo permanecía retraído y dolido.

Hernán-hijo había sido identificado a sobrellevar una misión reivindicatoria.

Su deber consistía en saciar, en nombre de su padre y en su propio nombre, una insaciable sed de represalias.

Esta colusión padre-hijo en la que intervienen un sistema heteróclito de identificaciones primarias, narcisistas, alienantes e impuestas por el padre y asumidas por Hernán, generaba en él un tormento de lealtades, interceptando los procesos de la narcisización y de la constitución y elaboración de los complejos de Edipo y fraterno.

Deseo aclarar, que el abordaje terapéutico de un adolescente mellizo no supone modificaciones en la técnica a los ya conocidos y aplicados al adolescente en análisis en general. Pero resulta evidente, a partir de las entrevistas y de las sesiones que presentaré a continuación, que la situación de mellizos requiere ser historizada como un punto de partida importante, como un factor relevante relacionado con un singular complejo fraterno, pero no como factor único sino como otro entre los diversos factores determinantes del destino de una vida.

Si bien la condición de ser mellizo tiene una potencialidad traumática, ya que existe de entrada y determina a su vez conductas particulares entre los hermanos y en la dinámica de los progenitores hacia ellos, sólo se convertirá en trauma en la medida en que el niño y sus padres no la puedan tramitar y, en consecuencia, pueda generar efectos paralizantes y desorganizantes en la mente y/o cuerpo.

Lo importantes es que el analizante y el analista no conviertan la situación inicial de mellizos en una categoría particular que concede, a través de una serie de racionalizaciones, derechos y concesiones particulares, como para erigirse en una subidentidad de excepcionalidad. En estos casos, esta subidentidad puede llegar a tener un valor defensivo en la medida en que el sujeto logra armarse y anquilosarse a partir de ella, como una condenada víctima acreedora o deudora de un pre-fijado e inmutable destino.

EL MURO NARCISISTA Y/O MASOQUISTA

Sin consideración, sin piedad, sin pudor
en torno mío han levantado altas y sólidas murallas.
Y ahora permanezco aquí en mi soledad.
Meditando mi destino: la suerte roe mi espíritu;
tanto como tenía que hacer.
Cómo no advertí que levantaban esos muros.
No escuché trabajar a los obreros ni sus voces.
Silenciosamente me tapiaron el mundo.

Kavafis K. Murallas(23)

Freud diferencia, en la Conferencia N° 26: “La teoría de la libido y el narcisismo” (1916), las neurosis de transferencia de las neurosis narcisistas. Esta distinción marcaría una línea divisoria entre lo analizable y los bordes de la analizabilidad.

En ese mismo texto señala la oposición entre interés y libido y describe el muro narcisista y las resistencias que se erigen para oponerse al cambio psíquico.

“Las neurosis narcisistas son apenas abordadas con la técnica que nos ha servido en el caso de las neurosis de transferencia. Siempre nos ocurre que tras un breve avance tropezamos con un muro que nos detiene. Como ya saben, también en las neurosis de transferencia tropezamos con barreras parecidas que oponía la resistencia, pero pudimos desmontarlas pieza por pieza. En las neurosis narcisistas la resistencia es insuperable; a lo sumo, podemos arrojar una mirada curiosa por encima de ese muro para atisbar lo que ocurre del otro lado. Por tanto, nuestros presentes

métodos técnicos tienen que ser sustituidos por otros; todavía no sabemos si lograremos tal sustituto.”(8)

Al describir la migración libidinal entre el yo y los objetos, Freud señala que cuando la libido se vuelve narcisista, no puede hallar el camino de regreso hacia los objetos, pierde su movilidad, se obstaculiza y pasa a ser patógena.

Dice: *“Parece que la acumulación de la libido narcisista no se tolera más allá de cierta medida. Y aún podemos imaginar que se ha llegado a la investidura de objeto justamente por eso, porque el yo se vio forzado a emitir su libido a fin de no enfermar con su estasis”.*(7) Las megalomanías en la paranoia, manía y melancolía, que en ésta toman la forma de delirio de insignificancia, son manifestaciones de la estasis libidinal en el yo por reflujo del narcisismo secundario.

En “Una dificultad del psicoanálisis” Freud (1916) escribe: *“Al estado en que el yo retiene junto a sí la libido lo llamamos narcisismo, en memoria de la leyenda griega del joven Narciso, que se enamoró de su propia imagen especular”.*(9) Pero Hernán, lejos de enamorarse de su propia imagen especular, la aborrecía.

Sus autoimágenes narcisistas como representantes figurativos de su “sentimiento de sí” estaban sobreinvertidas de omnipotencia negativa. Él era, según sus palabras, una “mitad” y una “nada”. Él era el yo ideal negativo de otro doble especular y maravillosos investido como el yo ideal positivo. Entre ambas mitades escindidas no se lograba configurar una unidad integrada.

Hernán partía desde un certero lugar de impotencia y sufrimiento acompañado de humillaciones morales y eróticas.

Él era el Verdugo de sí mismo: “Yo soy la herida y el cuchillo, la mejilla y el bofetón” (Baudelaire, 1982) (4), el soporte de las fantasías de “Pegan a un niño” (Freud, 1919)(10) revertidas sobre su propia persona. Estas fantasías y autoimágenes narcisistas lo condenaban a permanecer retenido dentro de un clausurado destino kafkiano de retracción e impotencia.

No creo que esté deprimido, pero no quiero hacer nada. Siento que me falta algo, una vida. No porque crea que esté eso de no querer vivir, ni nada de eso. Le falta vivir a mi vida.

Cuando digo “vivir” es tener más amigos, salidas, minas, un objetivo a futuro que me entusiasme. Quiero vivir la vida con más diversión. Yo tenía organizado para

ser piloto. Sigo con la guitarra, con el profesor que me gusta mucho. Pero no sé qué es lo que me pasa, que llega un momento que me desanimo y largo todo.

También el estudio a mí me pesa. Yo voluntariamente no hago lo contrario a lo que hace mi hermano. Pero obviamente las cosas salen así. Román no tiene problemas con las mujeres. A mí me gustan las mujeres, pero tengo dificultades que tienen que ver con la conquista o no se como llamarlo mejor: con el levante. El no tiene problemas con el levante. (Pausa).

Ya estoy harto de las comparaciones. Me rompen las pelotas. Siendo mellizo la comparación está siempre. Aunque no te lo digan. Mucho más que cuando tenés un hermano. Muchas veces no se habla de la comparaciones pero se las piensa.

Hernán permanecía robotizado y retraído regresivamente en un doloroso mundo aislado y atormentado por representaciones y afectos hostiles contra sí mismo.

“Yo soy un resentido con la vida, para adentro. Me parece injusta la vida en realidad. Es que en realidad me merezco más de lo que tengo”.

Estas quejas y reclamos para adentro engrosaban el espesor de las paredes de su muro narcisista- masoquista.

A lo largo del trabajo analítico con Hernán pudimos colegir que él presentaba una severa afección narcisista, no por estasis libidinal; sino por una falta en la constitución inaugural del narcisismo. Sería una afección pre-narcisista por carencias tempranas en el proceso de la narcisización originaria.

ALGO Y ALGIA

En introducción del narcisismo Freud señala que “*es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya*”. (Freud, 1914)(7)

Freud no llega a especificar en que consiste ese “algo” de la nueva acción psíquica. El nuevo acto psíquico tiene el valor de un cambio estructural: organizar a las pulsiones parciales en una imagen unitaria del sí mismo.

Aquí cobra fundamental relevancia cómo el *infans* ha sido mirado o no por la madre y la identificación con esa mirada.

Lacan (1966) (24) y Winnicott (1967) (28) se han ocupado con profundidad de este tema. O sea que ese **algo** mantiene sus nexos con los efectos estructurantes, de ligadura que provienen de las primeras relaciones de objeto. En el caso de Hernán podemos colegir, a partir de las entrevistas que mantuve con ambos padres, que éstas habrían sido insuficientemente desarrolladas, originando fallas en la textura psíquica temprana.

Sustituyendo el “**algo**” por la “**algia**”: el dolor de la nostalgia y del rencor primigenios por aquello que injustamente no se logró estructurar.

Como si la presencia de la **algia** intentase reemplazar y obturar ciertas carencias tempranas. Teniendo en estos casos la **algia**, una función de ligadura, de “pegar” a la fallida estructuración del narcisismo originario; formándose como consecuencia una neocreación. En lugar de erigirse un muro narcisista por estasis libidinal, se forma un muro narcisista-masquista, elevadamente sobreinvestido para el sujeto, porque éste, por su alto valor defensivo, opera como un guardián de vida para el sujeto.

En estos casos el masoquismo aporta a través de la formación cicatrizal del dolor, de la **algia**, una función vicariante de ligadura y de complementación para dar cohesión, y estructura; conjurando al peligro de la fragmentación de las pulsiones primordiales, autoeróticas y operando como una neo-acción psíquica para que “el narcisismo se constituya”(Freud, 1914).(7)

Hernán permanecía retraído regresivamente en un muro-celda. Durante largas horas se autosecuestaba en su habitación, infligiéndose humillaciones con accesos de desaliento, desconfianza y dolor.

El desánimo erosionaba su vitalidad y “lo convertía en una figura átona, cuasi-inanimada que impregnaba de manera muy honda las investiduras y gravitaba sobre el destino del futuro libidinal, objetal y narcisista” (Green 1986).(16)

Su profundo desánimo generaba una ausencia de expectativa vital y de desesperanza en la situación analítica. Escindía y proyectaba masivamente la esperanza y la confianza en el posible cambio psíquico en mi persona.

Yo me desaliento muy pronto. Cuando me desanimó, no puedo mantener las ganas. A mí me cuesta tener esperanza. Yo la veo, pero no creo lo que veo. Yo veo y sé que hay una forma de salida y que es fácil. Sé que la acción es algo sencillo, pero no siento que yo lo voy a cambiar eso. Yo sólo sé que no puedo.

A: Tal vez esperas que yo pueda y haga por vos, y que además te inyecte una buena dosis de esperanza en cada sesión.

Hernán: Si, puede ser. Yo a la esperanza la veo, pero no la siento. Yo intento hacer cosas justamente para cambiar. Pero al ver que las cosas que hago no salen bien, termino diciendo “Bueno, qué se yo! No sirvo para nada”.

En general cuando me voy a dormir pienso que mañana voy a avanzar y a ver todo. Pero veo todas las cosas mal. Yo sé que es un mecanismo que tengo que cambiar, que tengo que ver las cosas buenas, pero cuando me comparo me superan las malas.

A: Vuelve nuevamente el tema de la comparación.

Hernán: Yo creo que salgo perdiendo en la comparación con cualquiera, porque veo lo malo en mí. Yo veo que en la vida social Román tiene muchos éxitos, y esto es para mí lo más importante. Con el estudio no le va bien. Cambió otra vez de facultad. Ahora estudia teatro y va a talleres de literatura. Él no trabaja. Yo sí. Le digo, que no es que yo no vea el cambio. Yo sé que puede ser de otra forma. Pero no veo que yo llegue a ser de otra forma. Tampoco digo que me sienta agotado. Pero hay días que sí. No tengo nada ordenado, ni en el estudio, ni en la vida. Las cosas no me salen bien.

A: Tal vez tengas una fantasía que yo sea como una especie de clon tuyo y que ejecute ciertas cosas por vos.

Se sonríe y sus ojos se cubren de pronto con una mirada juguetona.

Hernán: Me gustaría, por qué no? Que el clon vaya a los boliches y se levante a todas las minas. O que vaya a dar los exámenes por mí. Yo tengo un millón de cosas que me gustaría hacer y no las hago.

Me gustaría aprender y hacer plastimodelismo pero no lo hago bien. Pero con la guitarra me llevo bien. Es una de las pocas cosas que puedo y hago bien.

A: Parecería como si de pronto, en un momento dado se mete de repente un palo en la rueda y te frena.

Hernán: No, en la rueda no. Se me mete un palo en el culo.

A: Y quien te puso ese palo?

Me mira fijo, se pone serio y una voz grave dice: *Yo estaba así; cuando miré para atrás.*

El sujeto que permanece refugiado y encerrado detrás de un muro narcisista-masoquista, se halla retraído en un mundo secreto de violencia en que una parte del sí mismo se volvió contra otra parte, en que partes del cuerpo fueron identificadas con

partes del objeto ofensor y además esta violencia resultó en extremo sexualizada (B. Joseph) (18), con necesidades conscientes e inconscientes de castigo moral y erógeno.

EL SIAMÉS IMAGINARIO Y LOS VASOS COMUNICANTES

Brusset señala: *“que el análisis de la relación fraterna puede ser central en el trabajo psicoanalítico y que la observación objetiva de las interrelaciones afectivas no permite necesariamente detectar los procesos realmente determinantes que se organizan en relación al hermano.*

Que tenga, desde el punto de vista pulsional, un estatuto lateral no implica que juegue un papel marginal; muy por el contrario, puede favorecer una gran proximidad y conferirle un papel fundamental desde el punto de vista de la constitución del yo. La relación de objeto fraterna se distingue de las relaciones de objeto parentales por la operativización de la proyección (sobre todo bajo la forma de la identificación proyectiva) en la proximidad de una relación simétrica, próxima, inevitable, enfrentando directamente al sujeto con la alteridad de un objeto que es simultáneamente un doble de sí y un extraño. El racismo es lo opuesto, o si se quiere el contenido latente, de la ideología de la fraternidad.”

“En la lógica de las relaciones fraternas querer comprender al hermano es intentar comprenderse a sí mismo, definirse en negativo, pero ¿cómo estar seguro de no ser él? Es conocida la broma de Mark Twain (Twin): “Yo tenía un hermano gemelo. Nos parecíamos tanto habiendo muerto uno de nosotros en el nacimiento, nunca pude saber si era él o yo ...” El desdoblamiento narcisista está directamente figurado por los gemelos y la indiferenciación parcial por los “siameses”.

El “gemelo imaginario”, descrito por Bion (1967) a partir de numerosos casos, representaba las partes disociadas de la personalidad, personificadas de esta forma. Este doble puede ser buscado directamente en el analista. La capacidad de personificar las partes disociadas de la personalidad puede, según Bion, ser vinculada a la capacidad para formar símbolos, en el sentido en que M. Klein describe su importancia en el desarrollo del yo. La visión juega aquí un papel esencial.”(5)

El “siamés imaginario” y la fantasía que describí de “los vasos comunicantes” representan a las partes más indiscriminadas de la personalidad.

Estas dos fantasías se escenifican en los sujetos que presentan un funcionamiento mental simbiótico en las relaciones de pareja y de familia.

En la fantasía de “los vasos comunicantes” intervienen diferentes formas de sentimientos de culpabilidad que no se reducen solo a la culpabilidad edípica, sino que además se anudan a ella, la culpabilidad fraterna y narcisista.

La fantasía de los vasos comunicantes se basa en el modelo físico de un sistema hidrostático compuesto de dos o más recipientes comunicados por su parte inferior. En los vasos comunicantes puede verificarse experimentalmente el hecho de que en cada uno de los tubos de distinta forma el agua o el líquido vertido toma el mismo nivel en todos los vasos, ya que en realidad los vasos y el tubo de comunicación forman un solo recipiente lleno de líquido.

La aplicación de éste funcionamiento a la fantasía fisiológica de la consanguinidad configura la representación de los hermanos como si fueran tubos comunicantes, relacionados entre sí por lazos de sangre y unidos al tubo de comunicación parental que opera como una fuente inagotable que nutre y a la vez distribuye a todos los integrantes del sistema de un modo unitario, para que finalmente todo se mantenga en un perfecto equilibrio. Este sistema premia la nivelación y condena la diferencia.

Nivelación no es solidaridad. Es la negación de la alteridad y de la mismidad, y eclipsa el derecho al disenso y a la apertura hacia imprevisibles posibilidades y realizaciones que pueden surgir a partir de la confrontación generacional y fraterna.

Pero toda confrontación requiere, como condición primaria, la admisión del desnivel del arco de tensiones que marca la diferencia de generaciones entre padres e hijos, y entre cada uno de los hermanos. El principio de la nivelación de esta fantasía hidrostática bipersonal o multipersonal de los vasos comunicantes, basado sobre el intercambio “arterial y venoso” y la interpretación de “órganos” entre los componentes del sistema, suele desencadenar intensos sentimientos de culpa y necesidad de castigo cuando se quiebra su homeostasis. Esto ocurre precisamente por parte de aquél que por sus propias condiciones se desnivela de los restantes, pudiendo situarse –si es que media una elaboración masoquista- en la posición de la “privilegiada víctima” que permanece agazapada a la espera acechante del desquite del otro u otros resentidos que, como víctimas privilegiadas, podrían conspirativamente vengarse de él,

estableciéndose un péndulo retaliativo de reproches y ocultamientos, de quejas y remordimientos.

Estos vínculos conflictivos entre hermanos suelen desplazarse a la relación con los amigos y con la pareja; y presentificarse además dentro del mismo sujeto, fluctuando de un modo repetitivo entre ambas posiciones: de víctima privilegiada a privilegiada víctima con pensamientos y actos de contrición. (Kancyper, 1995) (20)

A continuación transcribiré una sesión que la intitulé: el “clon”. A través de este significativo se ponen en evidencia momentos relevantes del trabajo de elaboración, superación y resignificación de estas fantasías, durante el proceso analítico de Hernán.

Hernán: Sería bueno que haya un clon para que complemente todo lo que me falta a mí. Pero que ese clon sea yo, sino no tiene gracia. No otra persona sino yo mismo. Un clon en mí pero no en otro.

Yo quiero un montón de cosas, pero no paso a la acción. Lo que me pasa es que me desaliento rápido. No tiene sentido que alguien haga las cosas por mí. No sirve que otro lo haga por mí. No sirve. Pero qué me pasa que directamente no hago las cosas.

Le señalo que tal vez al ser mellizo, mantiene una secreta esperanza de que su hermano sea para él, en su fantasía, como un clon y actúe por él.

Esto que Ud. me dice; no lo sé. Lo que sí le digo es que nosotros no nos peleamos mucho. Le puede parecer raro, pero no nos saludamos. Saludarnos estaba de más. A veces pasa una semana que no lo veo y yo no lo saludo, ni él tampoco a mí.

El hecho de no saber dónde está mi hermano no es porque no me importa, sino porque es su vida. Yo no voy a interrogar adónde va. Si dice a donde va está bien y sino, no.

Cuando mi vieja viene y me pregunta si él está en casa, yo no sé si está o si salió; y ella se enoja y no lo puede entender. Desde que tengo memoria siempre fue así.

Lo que pasa es que no había necesidad de saludarnos. Si nos veíamos todo el día. Saludar estaba de más. Compartíamos los mismos amigos, la escuela. Siempre estábamos juntos

Le interpreto que tal vez los dos no se diferenciaban bien y los dos eran una suerte de uno, o el otro una parte de uno mismo. Uno no saluda a una parte del propio cuerpo. Esa parte es propiedad de uno mismo y ejecuta funciones para uno.

(Se representa así la fantasía del siamés imaginario y de los vasos comunicantes)

Él tiene mi misma sangre. También él es A positivo. Yo no le puedo decir a Ud., ni sí, ni no. Puedo decirle que su teoría explica bien, pero no le puedo decir: sí.

Le interpreto que además el hermano, por lo que él me describe, está permanentemente en acción, cambiando de amigos y de estudio, y ya trajo a la casa varias parejas; y que además de vivir acelerado, parece estar muy entusiasmado, mientras que vos ...

Sí, Ud. me explica el fenómeno, bien. La teoría explica perfectamente que uno sería el opuesto del otro. Pero es algo que yo no pienso, que yo no hago por oponerme a él. Yo elegí estudiar ingeniería electrónica, no porque él ahora estudia teatro y literatura. Si hay algo detrás de todo eso, no lo sé. No le puedo decir que yo quería ser lo opuesto de Román (Pausa).

Yo creo que mi hermano podría haber sido otro, pero yo hubiera sido igual. Yo no soy el opuesto a él. Creo que está muy lejos de eso. Creo que yo soy así por un montón de cosas. (Pausa)

Yo a mi hermano no le decía nada, porque no quería discutir con él. Él era como una pared; y a mí no me daba ganas de empujar.

Él cambió algunas cosas, porque él quiso cambiar. Yo no le dije nada porque creía que no iba a lograr nada. El accionar que tiene él, es parte de su personalidad. Él es así. Pero no es tan molesto, por lo menos con mis cosas. No sé si con otras personas será distinto. Cuando se trata del otro, me parece que por lo que le pueda decir no se consigue nada.

Yo nunca le puedo afirmar su teoría. Digo teoría no para descalificarlo. Yo no tengo una explicación tan general como para descartarla.

Como teoría me cierra, pero no la haría ley.

No tengo una explicación tan general como para contradecirlo a usted.

Me mira fijo y sorprendido. Registro una circulación afectiva inédita en la dinámica de la sesión. Una diferente atmósfera emocional de distensión, como consecuencia del cese de la sofocación de la agresión y de los afectos de amor y ternura. Como si recién, luego de las múltiples batallas en el combate analítico del campo dinámico entre nosotros, comenzase a despuntar con claridad los primeros momentos de la inevitable confrontación intergeneracional. Le señalo entonces, que es la primera

vez que él me confronta en la sesión y se mantiene en una posición firme. Y que además necesito aclararle, que su oposición, no solo que no me ataca, ni quita; sino que al contrario, me sirve y enseña.

En la siguiente sesión comenta:

*Estaría bueno que las cosas le llegaran a uno así de arriba, pero puede llegar a ser aburrido. Es como querer tener solucionado todo, más allá que uno pierde el logro y la satisfacción por no haberse esforzado. Yo tenía la esperanza de conseguir las cosas de una manera fácil, a través de otro que me ayude en **algo**. Que los otros me solucionen las cosas.*

Por allí pensé, creo, que si no hago las cosas alguien las va a hacer por mí. Pero me doy cuenta que si yo no hago, no lo hace nadie. Es como poner la expectativa en otro y no en mí. Pero ahora ya lo tengo claro.

(Aquí comprobamos la elaboración y abandono de las fantasías del gemelo imaginario, del siamés imaginario y de los vasos comunicantes)

Durante el proceso analítico Hernán solía depositar esa expectativa en mí. Esperaba que yo operara como un doble de él o parte de su sí mismo propio y en nombre de él, escindiendo el pasaje al acto de sus deseos irrealizados en mi persona. Mientras tanto Hernán permanecía condenado y sufriente tras el muro defensivo narcisista–masoquista.

Esperaba ese “**algo**” de mí, que yo me ocupara de ese nuevo acto psíquico para que su narcisismo como estructura se constituyera. Ese algo estaba personificado a través de un imaginario doble que fluctuaba entre lo materno y lo fraterno y que, al no materializarse en la realidad efectiva, se trasmataba por la frustración en **algia**. La **algia**, paradójicamente, lo ligaba, pegaba y narcisizaba; y de esa manera volvían a religarse el masoquismo y el narcisismo.

LA RESIGNIFICACIÓN EN EL ADOLESCENTE MELLIZO Y EN SUS PADRES.

No resulta cierto el apotegma: *simplex sigillum veri*: la simplicidad es el sello de la verdad. La adolescencia requiere una explicación de un nivel teórico-clínico de mayor complejidad. En ella se contraponen múltiples juegos de fuerzas dentro de un campo dinámico: los movimientos paradójales del narcisismo en las dimensiones intrasubjetiva e intersubjetiva y las relaciones de dominio entre padres e hijos, y entre hermanos. Lo que caracteriza a la adolescencia es el encuentro del objeto genital exogámico, la elección vocacional más allá de los mandatos parentales y la recomposición de los vínculos sociales y económicos. Y lo que la particulariza metapsicológicamente es que representa la etapa de la resignificación retroactiva por excelencia.

La instrumentación del concepto del *a posteriori* posibilita efectuar fecundas consideraciones clínicas. En este sentido, el período de la adolescencia sería a la vez un punto de llegada y un punto de partida fundamentales. Es a partir de la adolescencia como punto de llegada que podemos colegir retroactivamente las inscripciones y los traumas que en un tiempo anterior permanecieron acallados en forma caótica y latente, y adquieren, recién en este período, significación y efectos patógenos. Por esto sostengo que “aquello que se silencia en la infancia suele manifestarse a gritos durante la adolescencia” (Kancyper, 1997) (21). Y, como punto de partida, es el tiempo que posibilita la apertura hacia nuevas significaciones y logros a conquistar, dando origen a imprevisibles adquisiciones.

En esta fase se resignifican, por un lado, las situaciones de traumas anteriores y, por el otro, se desata un recambio estructural en todas las instancias del aparato anímico del adolescente: el reordenamiento identificatorio en el yo, en el superyó, en el ideal del yo y en el yo ideal, y la elaboración de intensas angustias que necesariamente deberán tramitar el adolescente y también sus padres y hermanos, para posibilitar el despliegue de un proceso fundamental y así acceder a la plasmación de la identidad, esto es, la confrontación generacional y fraterna.

Lo más significativo en la afección narcisista de Hernán era que, a pesar de estar atravesando por la etapa de la rebelión adolescente, no se oponía ni confrontaba con sus progenitores y hermano.

Permanecía atemporalmente retraído y sufriendo en un muro narcisista-masoquista, como si hubiera sido programado para la obediencia y la sumisión. No se le

ocurría rebelarse, ni cómo hacerlo. Ante la violencia de esta imposición, se retraía, encerrándose en un enconado caparazón imaginario. Carecía de otros reflejos que no fueran los de la huida, no hacia afuera, sino hacia adentro.

El tenso silencio de Hernán, cargado de rencor, había sido su alimento cotidiano. Vivía y existía abrigando en secreto una esperanza reivindicatoria.

En efecto, el rencor representaba un eje vital para Hernán; se había armado alrededor de él.

Surgían entonces las siguientes preguntas

- a) ¿Cómo ceder y renunciar a la idolatría del rencor y de la venganza propias y a las prestadas e impuestas por su padre y asumidas por él a través de una identificación reivindicatoria, si ya formaba parte del sentido de su vida?
- b) ¿Cómo procesar en la situación analítica, los remordimientos y resentimientos, y liberar el necesario odio al servicio de los propósitos del Eros, para lograr la discriminación de los objetos con los que se mantenía confundido y en colusión tanática consciente e inconsciente? Porque mientras persistan los resentimientos y remordimientos, se paralizan los procesos del duelo y de la desidentificación.
- c) ¿Cómo esclarecer dentro de la estructura superpuesta del rencor la presencia de dos tipos de resentimientos y remordimientos para deslindar el resentimiento y remordimiento intersubjetivo del resentimiento y remordimiento intrasubjetivo?

El primero es reactivo a las violencias y frustraciones del medio ambiental, producto de las situaciones traumáticas desencadenadas en la relación intersubjetiva entre los padres y el hijo, que clama por el desalojo de una furia agresiva para saciar su sed real de venganza.

En cambio, el resentimiento y remordimiento intrasubjetivo son un exponente del accionar de la propia pulsión de muerte en el hijo que, en su articulación con las propias fijaciones narcisistas, repite compulsivamente una actitud litigante insaciable, sin tregua. Es necesario en cada caso evaluar, al modo de las series complementarias, lo que viene del medio parental como violencia y frustración traumáticas, y lo que nace del propio hijo como resentimiento, sopesando cuidadosamente el entrecruzamiento de uno y otro.(26)

Hernán era un enigmático mnemonista implacable. En él prevalecía la memoria del rencor sobre la memoria del dolor.

La memoria del rencor lo atormentaba y no propiciaba el surgimiento de aquella necesaria rebeldía adolescente como para promover un cambio y no sojuzgarse ante las identificaciones impuestas por sus padres y por su condición de mellizo.

El poder hostil y retaliativo del rencor escindido lo retenía en la inmovilización y rumiación de su pasado, que no podía mantener a distancia del presente. No podía olvidar, ni perdonar, ni perdonarse.

Hernán, a diferencia de Ricardo III de Shakespeare, que representa el paradigmático personaje del resentimiento, se atormentaba, atizando remordimientos. Éstos se exteriorizaban en las sesiones a través de los temas reiterados de la queja y de las comparaciones.

Hernán se comparaba no sólo por estar mal, sino para volver a estar mal.

En efecto, el remordimiento y el resentimiento se asemejan en la realidad psíquica a una cárcel, condenan al sujeto a permanecer detenido en una danza macabra sadomasoquista. Cancelan la libertad y “siembran cardos en el jardín del alma”(O. Wilde).

Hernán, en lugar de dar batalla como adolescente para liberarse de su muro-cárcel, hacía una elocuente militancia de sus fracasos. Los contabilizaba de un modo compulsivo y así volvía a compararse y a quejarse. La experiencia de su impotencia se convirtió en una defensa hostil y omnipotente.

Cuando me comparo con otro me fijo cuánto tengo de menos y nunca cuánto tengo de más.

A: Y eso qué te produce?

Hernán: Me deprimó.

Sonríó y le señaló que él es un buen artesano para crear argumentos que finalmente lo frustran y, de ese modo, puede luego llegar a infligirse algunas palizas.

El también sonríe y repite: *Si, soy un buen artesano. Pero me sale así. Siempre miro cuánto me falta y no cuánto consigo. Me sale así. Está incorporado en mí. Yo sé que pierdo en la comparación. Es que, en realidad, nunca conseguí nada. Nunca tengo un logro significativo. Yo me desanimo muy rápido.*

En la siguiente sesión:

Yo dejo de hacer, y después me quejo de lo mal que me va. No es que yo me proponga fracasar en algo. Y no digo: Voy a hacer todo lo posible para que me vaya mal, sino que me sale quedarme, como salga, así nomás.

A: ¿Qué significa “quedarme”?

Hernán: Quedarme, significa no accionar. Me quedo y dejo que vaya sólo la situación. No la voy manejando. Voy siempre igual, derecho y no busco alternativa.

A: Entonces te mantenés rígido y no se produce ningún cambio. Sólo aumentan los fracasos.

Hernán: Exactamente. Yo tengo, no se cómo decirlo: dos formas de vivir. Una es la vida que uno tiene, por decirlo de alguna manera. Creo que tengo muchas posibilidades para lo que quiera: tengo techo, comida, plata para estudiar en cualquier universidad. Esta es la vida que tengo y la otra es la que vivo, es la que uno hace.

Es distinto. Esta segunda parte de la vida depende de las opciones que yo elija, de las decisiones que tome, dentro de esta parte entra la relación con personas. Esto depende de mí. La otra vida depende de mi mamá.

Pero también podría definirse así: una vida es la material y la otra es la espiritual, porque no encuentro otra palabra.

Yo me podría ir a vivir solo, si tuviera un trabajo que me permitiera mantenerme y podría estar bien económicamente. Pero me faltaría la otra parte también.

A: La parte de la vida de los afectos?

Hernán: No se si hay una falta en mis afectos; pero algo anda mal. Es la manera de interactuar con otros afectos. Todo termina finalmente muy chato, muy mediocre.

A: Creo que con el resentimiento no sos tan mediocre.

Hernán: (se sonríe) Por lo menos en eso soy fuerte. Pero yo no estoy resentido contra nadie en particular. Yo no digo que todo es una mierda y que todos están en contra mío y que la culpa es de los demás.

Yo me resiento conmigo. Antes me puteaba un montón. Ahora no lo hago tanto pero me queda una bronca contra mí.

A: Esa bronca contra vos se llama: remordimiento.

Abre los ojos con sorpresa y mueve rápidamente sus labios repitiendo en silencio la palabra remordimiento.

Hoy aprendí una palabra nueva: remordimiento y esto le pone nombre a algo que yo sentía. Esta palabra me clarifica lo que siento.

Hernán, como adolescente, “*requiere enfrentar, a partir de su metamorfosis corporal, una realidad que le impone un reordenamiento afectivo y representacional, para realizar la tarea de aceptar su nuevo cuerpo; renunciando a las satisfacciones infantiles e ir al encuentro de nuevos instrumentos objetales que, sin romper su trama histórica, le permita acceder a nuevas posiciones identificatorias*” (Olmos). (27)

Una de las tareas primordiales del analista sería:

- a) Registrar y nominar los afectos escindidos del analizante.
- b) Ofrecer una figuración hablada en ese momento en que el adolescente parece enfrentado con un sufrimiento cuasi impensable
- c) Favorecer el trabajo de simbolización y autosimbolización.

En efecto, Hernán a partir de su insight afectivo nos dice: *Hoy aprendí una palabra nueva: remordimiento, y esto le pone nombre a algo que yo sentía. Esta palabra me clarifica lo que siento.*

Real y efectivamente la detección y nominación de los afectos clarifica. Operan como un foco y una brújula que iluminan y orientan los pensamientos y las acciones.

Aisenberg agrupa a los afectos en tres categorías, teniendo en cuenta el destino de los mismos.

- a) Afectos ligados al inconsciente reprimido, cuyos tres destinos los describe Freud en la metapsicología. Remiten al funcionamiento neurótico y pueden ser articulados con el discurso del paciente. Son afectos integrados en la cadena de las representaciones. Se trata de la invención motriz de la conversión histérica, del desplazamiento de la neurosis obsesiva y por último, de la transformación en angustia en las fobias y en las depresiones.
- b) La transformación en angustia en las neurosis actuales, donde hay un funcionamiento en el que predomina la cantidad con déficit de ligadura y de representación.
- c) Afectos relacionados con el inconsciente escindido, afectos expulsados de la psique.

Es lo que denomina Mc Dougall (1989) (26) como la desafectación u el cortocircuito que señala Green (1995) (17) con pasaje al acto o al soma. Estos afectos son un factor de desorganización traumática. Son afectos escindidos.(1)

Si bien Hernán no presentaba fenómenos psicósomáticos, se precipitaba de un modo paroxístico en pasajes al acto contra sí mismo: atricherándose durante varias horas en su habitación y abrumándose con angustias, sentimientos de culpa y necesidad de expiación.

LA IDENTIFICACIÓN REIVINDICATORIA

La identificación reivindicatoria tenía una particular gravitación en este proceso analítico.

En ella debemos diferenciar la identificación impuesta de la alienante.

En la identificación reivindicatoria-alienante el sujeto se somete, por vía inconsciente, a las humillaciones, injurias narcisistas, resentimientos y remordimientos que conciernen a las historias secretas de las generaciones que precedieron a su nacimiento, pero de las cuales permanece cautivo e identificado en el cumplimiento de una misión singular: lavar el honor ofendido de un “otro” mediante la venganza.

El “otro” significa el narcisismo parental y la identificación con él mismo.

El régimen narcisista parental de apropiación-intrusión es el que fuerza al sujeto a una adaptación alienante por sus identificaciones inconscientes con la totalidad de la historia de los padres.

Faimberg (1985) señala: *No existe un espacio psíquico para que el niño desarrolle su identidad, libre del poder enajenante del narcisismo parental. Se crea una paradoja del psiquismo que al mismo tiempo está lleno y vacío en exceso.*(6)

Es decir, lleno de una alteridad ominosa y vacío de una mismidad por carecer de una espacialidad psíquica discriminada. El proceso de intrusión explica el “lleno en exceso” de un objeto que no se ausenta jamás. El sujeto queda cautivo de los deseos reivindicatorios del otro. Éste representa a un objeto excesivamente presente que habita en el yo ideal del sujeto, apropiándose de sus cualidades. Así deviene un encumbrado héroe que lo liberará, mediante la *vendetta*, el desquite, la vindicta, de las heridas no cicatrizadas provocadas por las historias parentales.

Este yo ideal, “concebido como un ideal narcisista de omnipotencia, sirve de soporte a lo que Lagache ha descrito con el nombre de identificación heroica con personajes excepcionales y prestigiosos”(25); en el caso de la identificación reivindicatoria pone de relieve los aspectos destructivos del narcisismo.

El proceso de apropiación explica el vacío de una espacialidad psíquica propia, porque por parte del sujeto hay una falta de reconocimiento en la relación de objeto.

Él se constituye a través del remordimiento y del resentimiento. Él es, mientras cumple la función de victimario y de víctima en nombre de un “otro”. Es una identificación que lo estructura a partir de esa paradoja, de un lleno de rencores y de culpas que no le pertenecen, pero que igualmente lo poseen; y de un repudio a toda realidad que pueda comprometer su identificación alienada por la sumisión a su tarea redentora.

La identificación reivindicatoria reanima el sentimiento ominoso debido al desvalimiento del yo ante la repetición, no deliberada, impuesta, fatal e irreversiblemente, por ese otro que no es “efectivamente algo nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión. Ese otro que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz”(11). Lo *Unheimlich* del doble.

Esta situación paradójica detiene al sujeto en una relación ambigua con el otro, con su cuerpo y con la temporalidad (Kancyper, 1989)(19), relación de ambigüedad con un objeto enigmático y vinculado con una historia críptica de situaciones traumáticas inherentes al sistema narcisista intersubjetivo y desarrollado por el sujeto. Y es, precisamente el carácter enigmático y no verbalizado de sus objetos internos pertenecientes a otras generaciones, lo que fascina y detiene al sujeto en una historia que no le concierne.

Las identificaciones reivindicatorias, alienantes, pertenecen a la categoría de las patógenas y requieren que el trabajo analítico pase necesariamente por la reconstrucción de las situaciones traumáticas que las han producido.

El acceso a tales situaciones no puede lograrse sin un trabajo de historización progresiva de los hechos traumáticos relacionados con los progenitores en interacción con el sujeto, el reconocimiento de los mecanismos en juego y de la puesta en evidencia de los efectos patógenos.

La identificación reivindicatoria alienante se diferencia de la impuesta, por la presencia en ésta de un objeto externo que presiona e impone, mediante una explicitada verbalización, el mandato de que el sujeto asuma, en la realidad material, una función reivindicatoria.

Este objeto externo suele promover e imponer diversas colusiones conscientes e inconscientes.

En el caso de Hernán, la personalidad del progenitor-padre pesaba fuertemente sobre el sistema de sus vínculos subjetivos, en contra de su madre y su hermano. Este padre funcionaba como un objeto enloquecedor (García Badaracco, 1986) (15). Lo habría identificado, desde su nacimiento, como a su elegido primogénito, invistiéndolo por momentos como su doble especular e inmortal y/o como una parte siamesa de su sí mismo propio.

Hernán- padre se espejaba en Hernán- hijo. Este debía materializar las represalias, y ser el polo efector del padre para restañar sus afrentas narcisistas.

Esta identificación reivindicatoria era, a la vez que alienante, impuesta. Y aún continua siéndolo, ya que Hernán-padre siguió manteniendo, aunque con menos frecuencia, discursos querulantes en contra de Román y de Laura.

Esta situación de Hernán-padre resignificaba la fantasía de “Pegan a un niño” (Freud, 1921) (10) en Hernán-hijo. Las tres fases de esta fantasía masoquista:

- I) Mi padre pega a un niño al que yo odio
- II) Yo soy pegado por mi padre,
- III) Una mujer pega a otros niños, eran convalidadas con certezas en la realidad fáctica por el rechazo manifiesto que mantenía el padre hacia Román y hacia su mujer.

Situación que : a) resexualizaba el complejo paterno en Hernán,

b) reanimaba su Edipo negativo y

c) reactivaba las culpabilidades edípica, fraterna y narcisista, a consecuencia de permanecer confirmado como el hijo único que destrona a su hermano mellizo y a la vez al triunfar sobre su madre, a la que además tenía la misión de humillar en nombre del padre.

Estas diferentes fuentes del sentimiento de culpabilidad portan sus propias dinámicas y necesidades de expiación. Requieren ser discriminadas y no ser meramente subsumidas a la culpa edípica. Estos diversos sentimientos de culpabilidad, que se

articulan y refuerzan entre sí, pueden ofrecer una respuesta y elucidar el cuestionamiento formulado por Freud en *Dostoiewski y el parricidio* (1929).

“Según una conocida concepción, el parricidio es el crimen principal y primordial tanto de la humanidad como del individuo. En todo caso, es la principal fuente del sentimiento de culpa; no sabemos si la única, pues las indagaciones no han podido todavía establecer con certeza el origen anímico de la culpa y de la necesidad de expiación. Pero no hace falta que sea la única. La situación psicológica es complicada y requiere elucidación.”(14)

A continuación transcribiré un fragmento de una sesión vincular madre-hijo, en la que Hernán sorpresivamente presenta un insight de la impuesta y alienante identificación reivindicatoria que inconscientemente mantenía con su padre.

Madre: Yo te impulsé a que empezaras a tratarte, porque veía que estabas muy mal, pero vos no te dabas cuenta.

Hernán: Sí, es verdad que no me daba cuenta, pero no me digas que me impulsaste. Vos me impusiste.

Madre: ¿Yo te impuse? No estoy de acuerdo.

Hernán: Vos sos una persona muy autoritaria.

Esta frase la pronuncia con un tono alto y muy plantado en sus palabras, situación inédita en él. Se produce luego una larga pausa y exhala de repente un secreto inconfesable. Dice: *Pensé decir un poco, pero dije muy autoritaria.*

Analista: O sea que dijiste algo diferente de lo que en realidad pensabas acerca de tu mamá.

Hernán: Sí.

Analista: ¿Quién dijo y dice que tu mamá es muy autoritaria?

Hernán: Mi viejo.

Analista: Hasta en qué medida Hernán, vos hablás a veces en nombre de un otro que te impuso sus propios pensamientos y sentimientos y con el cual mantuviste y mantenés una suerte de pacto con él.

Hernán: Puede ser.

Luego dirige lentamente una mirada tierna a su madre y ésta a él lo mira con dulzura. A continuación ella dirige su mirada hacía mí con una expresión de alivio. Todos permanecemos callados. Yo siento una atmósfera de distensión en el campo

analítico. La madre vuelve a dirigir hacia mí una mirada y silencio de gratitud, y le pregunto, entonces, en qué se quedó pensando y sintiendo.

Madre: Siento que Hernán está mucho mejor, que ahora puede decir lo que siente. Que ya no se calla como antes y que a mí me gustaría mucho que aumente la frecuencia de las sesiones. Pero no como imposición, porque pienso que las necesita.

Hernán: No es que yo no esté de acuerdo con venir una vez más, pero es por la plata.

Madre: Por la plata, no te preocupes. (Silencio).

Analista: Hasta en qué medida, vos también me ves a mí como si fuera una mamá que te quiere imponer una segunda sesión. Yo sólo te la indico y no la impongo, porque existen momentos en un proceso analítico en que se requiere aumentar la frecuencia de las sesiones. Yo te sugiero que lo pienses, porque ya hace tiempo que venís repitiendo que hay algo que te impide pasar a la acción, que hace falta un algo más.

Hernán: Lo voy a seguir pensando.

En esta sesión se abre un diferente abanico de miradas, representaciones y afectos. A través del intercambio de las miradas entre el hijo y la madre, se visualizan los movimientos de cambio de los lugares dentro de la estructura familiar.

Hernán ya no mira a la madre con los ojos acusadores del padre, sino con su propia mirada tierna. Son miradas que hablan.

Cada uno recupera su propia mirada. También la madre cambia la amedrentada posición que mantenía ante su hijo. Lo empieza a discriminar de Hernán-padre y comienza a perdonarse a sí misma por sus antiguas culpas y autoacusaciones que solía infligirse por su originaria y fallida función materna.

Todo esto se acontece luego que Hernán-hijo se ha desprendido de la identificación reivindicatoria alienante e impuesta por el padre y asumida por él.

En esta sesión, Hernán y su madre manifiestan el registro de la discriminación y de la separación.

Hernán, al desidentificarse de su padre, ya no permanece confundido con él, y al mismo tiempo la madre se desprende y no asume la hostilidad que Hernán sofocaba hacia su padre por las imposiciones que éste presionaba y que solía desplazar masivamente sobre la persona de la madre y sobre mí.

En esta sesión, se produce una mutación sobre la fantasía inconsciente básica del campo analítico. Ésta se escenificaba a través de la imposición y forcejeo de una fantasía sado-masquista de dominio.

INSIGHT Y AUTOIMÁGENES NARCISISTAS

El insight no es el repentino resplandor que despunta a partir de una mágica epifanía, es producto y conclusión de un paciente trabajo de elaboración gradual, en el que se tramitan progresivas transformaciones. En un momento dado, éstas cuajan y se reordenan de un modo súbito, iluminando y discriminando la realidad interna.

Para M. Baranger, el insight, como visión interior estructurada, implica a la vez un momento de discriminación e integración.

“Es la discriminación que permite evolucionar a la estructura por redistribución de sus elementos e inclusión de elementos nuevos en una estructura ampliada” (2)

El insight no es la causa de la discriminación sino su registro y verbalización, porque ya se ha producido previamente una modificación estructural interna.

En la sesión que transcribo a continuación, presenciaremos el insight de ciertas identificaciones con el “objeto-padre” con el cual Hernán permanecía confundido, indiscriminado e identificado.

Cuando al comienzo de la sesión anuncia “*que nada va a cambiar*”, es porque esta expresión ya devela la presencia en él de un cambio interno y la resistencia al mismo. Siente el cambio que ya se ha producido y lucha para negarlo.

En esta sesión se produce un cambio estructural a partir de la desidentificación de sus identificaciones patógenas y de la develación y superación de sus autoimágenes narcisistas.

Yo trato de no ilusionarme con nada para que no duela tanto la caída. Ya estoy vacunado. No espero nada. No me quiero meter en la vida de los demás. Nada va a cambiar. Yo trato de bajar siempre las expectativas para no desilusionarme; lo hago conscientemente.

A: No esperas ningún cambio de quién?

Hernán: Y, principalmente de mi viejo. Siempre está como atacando a mi vieja y a la familia de mi vieja. Todo lo que viene de parte de ella, él lo ve mal.

A: También fue una idea de tu mamá que vinieras a analizarte conmigo.

Hernán: Si, él cree que la psicología es como una moda de ahora y que yo no necesito de ningún psicólogo.

A: Eso, decís que lo dice tu papá. ¿Pero vos, en algún sentido, pensás parecido a él con respecto a los beneficios del psicoanálisis?

Hernán: Yo conscientemente no lo tomo a mi viejo como ejemplo o como imagen, aunque puede ser que tenga cosas de él y no me doy cuenta.

A: Quizás hacés cosas en dirección opuesta a él, pero que en el fondo son similares a las de él. Por ejemplo, me decís que tu papá vive quejándose para afuera.

Hernán: Y, yo me quejo para adentro. Es verdad, me parece que tiene el mismo fin. Él se pone así para quedarse como la víctima, como “el pobre viejo”, y yo por ahí, inconscientemente, me quejo para adentro diciendo: “ Bueno, qué injusta es la vida que me tocó!!, como poniéndome yo mismo en víctima mía. Yo soy mi víctima, pero en realidad yo me hago víctima de mí. Yo sé que yo soy el que hago las cosas. Si las hago mal yo sé que no tengo porqué quejarme. Que sé yo. Quedarme en la queja; y ... no sirve para nada. No sirve. Parece que cambian las apariencias con mi viejo, pero tengo puntos en común con él. Yo quiero dejarla a la queja. Siempre hago la mitad de las cosas.

A: Hernán, durante los últimos meses te vengo indicando la necesidad de tomar dos sesiones semanales, y vos te resistís. Venís una sola sesión. Venís la mitad de la frecuencia de las sesiones que considero la adecuada para este momento.

Hernán: Sí, y voy a la facultad pero no estudio. Hago las cosas por la mitad. Siempre tengo buenas intenciones, pero nunca las materializo.

Tengo la mitad de un trabajo, ya que laburo sólo cuatro horas por día.

Tengo la mitad de una familia, porque se separaron uno de cada lado.

Tengo también la mitad de la atención de la familia (se ríe).

Tendríamos que juntarnos con mi hermano a ver si hacemos entre los dos uno entero. Y acá tiene razón, yo uso la mitad de las sesiones.

A: Parece que el mellizo que no tuvo un espacio y un tiempo enteros para él, sino sólo una mitad, sigue aún estando presente.

Hernán: Sí, está allí.

A: ¿Qué significa: está allí?

Hernán: Está en todos lados.

A: Vos desde el vamos fuiste mellizo. Esto fue un acontecimiento evidente de tu vida ¿pero este hecho va a tener que marcar de por siempre a todos tus actos?

Hernán: Espero que no.

Me mira con distensión. Lentamente aproxima su cuerpo al escritorio que nos separa y percibo correlativamente un cambio en la circulación de las mociones afectivas y de las relaciones de dominio en el campo dinámico de la situación analítica transferencial-contratransferencial.

Estas mutaciones se expresan a través del registro de la caída tensional percibida en mi cuerpo.

Luego de dosificar una breve pausa, le señalo que ya ha pasado un suficiente tiempo de forcejeo entre nosotros, para que finalmente podamos compartir algo diferente. No sólo la mitad del tiempo y del espacio analíticos, sino un tiempo más entero y distendido. Y le propongo un cambio; tomar entonces dos sesiones la próxima semana, para probar cómo nos sentimos.

Hernán responde inmediatamente: *Bueno. Acepto venir.*

Le pregunto si le gustaría darse un tiempo más para pensarlo.

Hernán: No, no me hace falta. Quiero probar. Voy a venir las dos veces.

En esta sesión, mi escucha analítica ha sido sorpresivamente marcada por la frase pronunciada por Hernán luego de su insight acerca de su identificación y confusión con el complejo paterno.

“Parece que cambian las apariencias con mi viejo, pero tengo puntos en común con él. Yo quiero dejarla a la queja. Siempre hago la mitad de las cosas.”

Y fue puntualmente la palabra “mitad” la que focalizó mi atención y resonó en mi cuerpo con la gravitación del peso de una “palabra-detalle”.

Digo “palabra- detalle”, porque “los detalles”, según Marai, dejan todo bien atado y aglutinan la materia prima de los recuerdos. Este autor sostiene que “es preciso conocer los detalles porque a través de ellos podemos conocer lo esencial de los libros y de la vida”.

Walter Benjamin sostiene que el contenido de las verdades vive y se esconde en los pliegues de los detalles, pero nunca se estabiliza en ellos, pasa de uno a otro, y sobre todo emerge en su contraste.

En efecto, la palabra-detalle, como recurso de iluminación, suele elucidar y focalizar lo inusual y lo particular; con la certeza de que allí, en la aparente insignificancia de los abstraídos y recortados detalles, subyacen ciertas claves que capturan lo fugitivo y preparan el camino para aprehender lo esencial y el núcleo de verdad contenido en ellos.

En esta sesión la palabra-detalle “mitad”, representa a una de las autoimágenes narcisistas más salientes de Hernán.

LAS AUTOIMÁGENES NARCISISTAS

Las autoimágenes narcisistas son soportes figurativos que representan al “sentimiento de sí”, al sentimiento de la propia dignidad (Selbstgefühl). Operan como los puntos de partida desde los cuales el adolescente se relaciona consigo mismo, con el otro y con la realidad externa. Intervienen como los referentes constantes que de un modo continuo participan, mediante el *a posteriori*, en la estructuración y desestructuración de su singularidad.

Estas imágenes persisten e insisten de una manera autónoma respecto de la voluntad y no cesan de funcionar, quedando el adolescente, paradójicamente, girando alrededor de sus propias autoimágenes, como dando vueltas atado a una noria, pues las autoimágenes narcisistas son desconocidas, fundamentales y singulares para cada sujeto. Desconocidas, por estar constituidas por una multiplicidad de procesos inconscientes que permanecen vigentes, desconociendo por lo tanto su valor dinámico. Fundamentales, por ser estructurantes del aparato psíquico. Singulares, porque se resume en ellas la historia psicoanalítica que particulariza a cada sujeto. Éste asimila las autoimágenes y se transforma total o parcialmente en base a ellas. Es decir, se identifica: él es tales imágenes.

En el año 1909, Freud emplea el término “imagen viva de sí mismo” extraído del *Fausto* de Goethe (parte I, escena 5): “Él ve en la hinchada rata, claro está, la viva imagen de sí mismo”. Y describe entonces al “hombre de las ratas” como quien, “frecuentemente había sentido compasión de esas pobres ratas. Él mismo era un tipejo así de asqueroso y roñoso, que en la ira podía morder a los demás y ser por eso azotado terriblemente. Real y efectivamente podía hallar en la rata la viva imagen de sí mismo” (Freud, 1909).

Considero que en todo proceso analítico se requiere poner en evidencia y elaborar las autoimágenes narcisistas que particularizan a cada analizante y a sus fluctuaciones. Revelar los procesos inconscientes que han intervenido en su constitución, y el núcleo de verdad histórica, en singular o en plural, en torno del cual se han construido. El quehacer analítico requiere desmontar las autoimágenes narcisistas y la polisemia ligada a ellas, y revelar las creencias psíquicas que las subyacen. Éstas son condiciones esenciales de nuestra tarea analítica para que el analizante, al desactivarlas, acceda a reestructurar su biografía, transformándola en su propia historia y convirtiéndose, en gran medida, en autor suficientemente responsable y no espectador pasivo e inermemente víctima de un inmutable destino. (Kancyper, 1989). (21)

Las autoimágenes narcisistas son de compleja edificación y de aclaración difícil.

Hernán se veía a sí mismo como la mitad de su hermano y en la mitad dentro de la dinámica del triángulo edípico. Fluctuaba entre ser: un todo reivindicador del padre y/o una nada de la madre.

Su oscilante autoimagen narcisista lo detenía dentro de estructuras diádicas que interferían su pasaje hacia la triangulación. Real y efectivamente, su autoimagen narcisista se exteriorizaba fácticamente en la realidad material y en la situación analítica.

“Siempre tengo buenas intenciones, pero nunca las materializo.

Tengo la mitad de un trabajo, ya que laburo sólo cuatro horas por día.

Tengo la mitad de una familia porque se separaron uno de cada lado.

Tengo también la mitad de la atención de la familia.

Tendríamos que juntarnos con mi hermano a ver si hacemos entre los dos uno entero.

Y acá tiene razón. Yo uso la mitad de las sesiones.

Al afirmar luego, con elocuente precisión, que su hermano “está en todos lados”, Hernán arroja una viva luz sobre la importancia y ubicuidad que tiene el complejo fraterno en la vida anímica.

Su proceso analítico confirma con particular claridad lo sostenido por Freud a lo largo de toda su obra: que el núcleo genuino y el complejo nuclear de las neurosis está representado por el Complejo de Edipo (Freud, 1919). (10) Pero no debemos equiparar lo nuclear con lo exclusivo y único. No podemos descuidar, precisamente, la presencia actuante, en la vida anímica, de diversos funcionamientos psíquicos que, además del

complejo de Edipo, comportan sus propias lógicas, relacionadas con las estructuras míticas de Narciso, de Caín-Abel y de Jacob-Esaú. Estas diferentes lógicas se ponen de manifiesto no sólo en la clínica psicoanalítica; sus significados inconscientes han generado y continúan generando sus influjos en la Psicología de las masas.

Sus notables efectos estructurantes y desestructurantes se exteriorizan en la fluctuación de las relaciones sadomasoquistas y de confraternidad que se han suscitado y continúan suscitándose entre las religiones y entre los pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

1. Aisenberg E. R. “Más allá de la representación: los afectos”. Revista de Psicoanálisis. Número internacional. N° 6. 1999. Pág. 302.
2. Baranger M.”Fantasía de enfermedad y desarrollo del insight en el análisis de un niño” Revista Uruguaya de Psicoanálisis.1956 T.I ,2,pág.166.
3. Baranger Willy : Los afectos en la contratransferencia XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina. Buenos Aires 1992. T.I pág. 197.
4. Baudelaire: Las flores del mal”. Madrid. Alianza 1982. Pág. 102.
5. Brusset, B. “El vínculo fraterno y el psicoanálisis”. Revista de Psicoanálisis, XLIV, 2, 1987. Pág. 319.
6. Faimberg, H. : “El telescopaje de generaciones: La genealogía de ciertas identificaciones”. Rev. de Psicoanálisis. 1985. XLII, 5, Pág. 1048.
7. Freud. S. (1914) “Introducción al narcisismo” A.E.T. XIV. Pág 87.
8. Freud. S. (1916) “Conferencia N° 26”: La teoría de la libido y el narcisismo” . Pág. 385.
9. Freud S. (1917): “Una dificultad del psicoanálisis.” A. E. T. XVII. Pág. 131.
10. Freud S. (1919): “Pegan a un niño”. A. E. T. XVII. Pág. 195.
11. Freud S (1920) “lo ominoso” A. E. T. XVII. Pág. 225.
12. Freud S. (1920)”Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”A.E.T.XVIII, Pág.159
13. Freud (1924): “El problema económico del masoquismo” A. E. T. XIX, Pág. 167.
14. Freud S. (1927): “Dostowieski y el parricidio” A.E.T. XXI. Pág. 181.

15. García Badaracco, J. “La identificación y sus vicisitudes en la psicosis. La importancia del concepto de “objeto enloquecedor”. Libro anual de psicoanálisis. 1986. Lima, 1987, Pág. 217.
16. Green A. (1986): “La madre muerta, en narcisismo de vida, narcisismo de muerte”. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, Pág. 209.
17. Green A. (1995): “La metapsicología revisitada”. Eudeba. Buenos Aires, 1996, Pág. 113.
18. Joseph B.: “Adicción a la vecindad de la muerte” Rev. de Psicoanálisis 1987, T. XLIV, N° 2 pág. 241.
19. Kancyper L. (1989) “Jorge Luis Borges o el laberinto de Narciso”. Paidós. Buenos Aires, 1989, pág. 35.
20. Kancyper L. (1998) “Complejo Fraternal y Complejo de Edipo en la obra de Franz Kafka”. Revista de Psicoanálisis. 1998. T. LV, N° 2.
21. Kancyper L. (1999) “El burrito carguero” Revista de Psicoanálisis. 1999. T. LVI, N°6. Pág. 891.
22. Kavafis K. Poesías completas. Hiperión. Madrid.1985. pág 23.
23. Kavafis K. Poetas griegos del siglo XX. Monte Avila. Caracas.1981. pág 132
24. Lacan J. “El estadio del espejo” Escritos 1. Siglo Veintiuno, México. 1976, pág. 11.
25. Laplanche J. y Pontalis J. “Diccionario de Psicoanálisis” Madrid, Labor. 1971.
26. Mc Dougall. J. (1989): “Teatros del cuerpo”, Yébenes. Madrid 1991. Pág. 123.
27. Olmos Teresa: Dolor mental en la adolescencia y cura psicoanalítica en “14 conferencias sobre el padecimiento psíquico y la cura psicoanalítica”. Biblioteca Nueva. A. P. M. 2000. Pág. 226.
28. Winnicott D. (1967): “Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño”. Realidad y juego. Buenos Aires, 1972. Pág. 147.

Resumen

La experiencia clínica nos ha revelado que el carácter dinámico de la situación analítica se registra simultáneamente en dos niveles: el contenido ideativo por un lado y la circulación afectiva por el otro. La dimensión afectiva es relevante en las interacciones que se dan momento a momento entre el analizante y el analista que escucha con su mente y con sus afectos. Los afectos posibilitan dirigir una segunda mirada hacia el campo intersubjetivo y sirven de base o brújula para el entendimiento del discurso del analizante.

El autor considera que se asiste, en este momento histórico signado por la fugacidad e incertidumbre, a una creciente miopía de los afectos y a un aumento de la narcisización que a su vez incrementa un analfabetismo emocional.

El propósito de su trabajo es estudiar - a partir de la presentación del historial clínico de un adolescente mellizo- la metapsicología, clínica y técnica de los siguientes temas: a) Las colusiones parento-filiales y sus efectos en la dinámica fraterna.

b) El muro narcisista y masoquista.

c) La resignificación de los afectos en el adolescente mellizo y en sus padres.

d) La identificación reivindicatoria.

e) El insight y las autoimágenes narcisistas.

—